

Filosofía de los pueblos orientales

LA CHINA—EL CONFUCIONISMO

Fenómeno histórico extraordinario fue el aislamiento en que por tantos siglos vivió un país tan populoso como la China, constante de varios centenares de millones de habitantes. Sin alianza ni comercio con los extranjeros, sin atracción ni expansión respecto de sus vecinos, concentrado en sí mismo, ese vetusto imperio, cuya civilización se remonta a veinte siglos antes de la era cristiana, constituyó un episodio aparte en la historia de la humanidad. La raza de los arayos, a quienes se debe la civilización occidental, oriundos de la India limítrofe con la China, ni le dio nada a ésta ni recibió nada de ella; la invasión búdhica, ocurrida a principios de nuestra era, apenas logró modificar las capas inferiores de la sociedad sinense e introducir en ella algunas fórmulas y prácticas religiosas.

Ya desde tiempos anteriores a Confucio existió allí una religión de Estado, en que los principales objetos de culto eran *Tien*, el cielo animado o un Ser personal, espíritu supremo gobernador del universo, y los *Shangs*, espíritus de varias clases entre los cuales tenían lugar preferente las *sombras o genios de los antepasados*, porque los chinos fueron siempre inclinados a mirar más hacia el pretérito que hacia el porvenir.

En el siglo XV los europeos hicieron tentativas para penetrar en ese misterioso país, recluso entre altos montes y lejanos mares y cerrado al norte por su gran muralla; pero sólo comenzaron a conocerlo en la centuria siguiente, de la cual datan sus relaciones comerciales con Europa.

Su filosofía ha participado de la inmovilidad de las cosas del celeste imperio, trocado a la postre en flamante

república. «Los rudimentos de la ciencia china, dice Pauthier, son para nosotros como los fósiles descubiertos en las entrañas de la tierra, restos de una civilización fenecida». En el decurso de diez y ocho siglos apenas pueden señalarse tres filósofos de importancia: Lao-Tseu, Confucio y Tchu-Hi.

LAO-TSEU

Lao-Tseu nació hacia el año 640 antes de Jesucristo. Según las tradiciones, hizo un largo viaje por occidente, a la vuelta del cual comenzó a filosofar, y al fin, para poner en práctica su doctrina, abandonó su hogar y sus riquezas y se retiró a la soledad, en que permaneció hasta su muerte. Después de ésta alcanzó gran veneración entre sus compatriotas, pero su doctrina permaneció letra muerta para los extranjeros, hasta que los trabajos de los misioneros y las investigaciones de los sinólogos empezaron a hacerla conocer. En 1842 Estanislao Julien tradujo al francés la obra de Lao-Tseu titulada *Tao-te-king* (*De la vía y de la virtud*), que consta de dos partes, la una metafísica y la otra moral.

Las ideas de Lao-Tseu acerca de la divinidad y del mundo, en que algunos *scholars* sospechan un origen hindú, resultan panteístas. Véase un pasaje expuesto por el sinólogo Abel Remusat: «Antes del caos que ha precedido al cielo y a la tierra, existía un sér solo, inmenso, silencioso, inmutable, pero siempre activo, éste es la madre del universo. Yo ignoro su nombre, pero le significo por la palabra *Tao* (razón primordial). Se puede dar un nombre a *Tao*: *sin nombre* es el principio del cielo y de la tierra; *con un nombre* es la madre del universo.....» (Cita de Balmes).

He aquí el proceso de las cosas: «*Tao* produjo el *Uno* (paso del *no-ser* al *sér*); el *Uno* produjo *dos*, macho, *yang* y hembra, *ying*; *dos* produjo *tres*, es decir, el principio

masculino y el femenino, uniéndose, produjeron la armonía; *tres* produjo la universalidad de los seres». (Cita de González, Historia de la Filosofía).

Por la importancia que en esta doctrina se concede a los números, algunos autores, como Gladisch, han hallado analogías entre ella y la de los pitagóricos. Lo mismo que éstos, consideran los números impares como más perfectos que los pares, los primeros son celestes y terrestres los segundos.

El sinólogo Luken en *Les traditions de l'humanité* nos trae la siguiente cosmogonía: «Pan-ku, el primer hombre, nació del caos, que tenía forma de huevo. El caos tardó diez y ocho mil años en esclarecerse: el cielo se levantaba..., la tierra se condensaba.... y Pan-ku crecía... aspirando a ser el espíritu del cielo y el santo de la tierra. A su muerte, la cabeza se trocó en montes, sus ojos se tornaron sol y luna, sus venas ríos, sus cabellos árboles». Pan-ku representa la naturaleza organizada procedente del caos. «Los seres corporales, se dice en el citado libro de Lao-Tseu, *Tao-te-king*, en su movimiento continuo, revisten diferentes formas exteriores, pero cada cual vuelve a su raíz y a su principio. «Volver a su raíz y a su principio significa entrar otra vez en la inmovilidad absoluta».

Aunque Lao-Tseu poco se ocupó en la moral, cuida sin embargo de hacerla depender de *Tao*, predica la subordinación del principio material al espiritual que hay en nosotros, recomienda la humildad, pero preconiza el *no-obrar*. «El último término de la perfección, dice, es el *no-obrar* y el colmo, *el vacío*».

CONFUCIO. (KHUN-FU-TSEU)

Unos cincuenta años después de Lao-Tseu comenzó a florecer Confucio, apellidado por su predicación de la moral el Sócrates de la China. A él se debe la com-

pilación de los libros santos de los chinos. Son: el *Y-king* o libro de las suertes; el *Shu-king* o libro de la historia; el *Shi-king*, o libro de la poesía, y el *Li-ki* o sumario de los ritos; a los cuales agregó el *Chun-tseu*, «la primavera y el otoño» o libro de los anales, compuesto por él mismo.

Sirvióse de conversaciones familiares para difundir su doctrina, la cual fue recogida por Meng-tseu, el más notable de sus discípulos. Hállase contenida en cuatro libros, reputados como sagrados al igual de los libros *Kings*. Son los siguientes: el *Ta-hio*, el grande estudio; el *Tchung-yung*, doctrina del medio; el *Lun-yu*, conversaciones del maestro, y el *Meng-tseu*, diálogos con el discípulo de este nombre. Estos libros fueron compuestos por los discípulos de Confucio.

En uno de estos libros se pone en boca de Confucio un discurso que se puede extractar así: 1.º que su doctrina no es inventada por él sino que es tradición de los antepasados, a quienes veneraba mucho; 2.º que la moral puede reducirse a tres géneros de relaciones principales, a saber: entre soberanos y súbditos, entre padres e hijos, entre marido y mujer; 3.º que se deben practicar las cinco virtudes capitales que habían hecho respetables a los antepasados, y que son: la *humanidad* (amor a los hombres), la *justicia* (dar a cada uno lo suyo), la *conformidad* con los ritos y usos antiguos, la *honradez* (rectitud que nos induce a buscar la verdad) y la *sinceridad* (buena fe). «Desde el hombre más elevado en dignidad hasta el más humilde, se dice en el *Ta-hio*, corregir y mejorar su persona es un deber igual para todos».

La moral confuciana contiene principios buenos y preceptos recomendables, sin duda, pero adolece de tres tachas principales. En primer lugar, carece de fundamento dogmático; en segundo, es incompleta, pues suprime las relaciones de las criaturas con el Creador, y

en tercero, no tiene sanción suficiente. Así, no es extraño que el pueblo chino, a pesar de la moral confuciana, haya llegado a una corrupción de costumbres que se ha hecho proverbial.

He aquí otros puntos notables de la enseñanza de Confucio, siguiendo el resumen que hace el sinólogo Bunsen. Para Confucio el cielo (*Tien*), sinónimo de la divinidad, no es una palabra vacía sino que expresa el conjunto de los cuerpos; el espíritu (*Chin*) no es otra cosa que la sombra de los mayores, en honor de los cuales el filósofo había instituido un culto de reconocimiento. Mas el espíritu, ¿qué es? La fuerza que reside en la materia, la cual a su turno es el producto de dos sustancias primitivas.

Las cuestiones sobre la vida futura, sobre lo invisible, en general, son inoportunas para él. «¿Cómo he de saber yo lo que es la muerte, cuando todavía no sé lo que es la vida?», solía responder cuando le interrogaban sobre esto. Admitía ciertas supersticiones y en su comentario sobre el *Y-king*, libro de las suertes, enseña el arte de emplearlas, según el P. Vudalou (noticia del *Y-king*). Cítanse en particular el *Pu*, modo de consultar los genios por la inspección de una tortuga quemada, y el *Chi*, por medio de la combinación de las hojas y filamentos de la planta de este nombre.

Nótase un cierto contraste doctrinario entre Confucio y Lao-Tseu: Confucio remite sus discípulos al estudio de las escrituras y a las instituciones de la antigüedad; Lao-Tseu los remite a la especulación de Tao, entendiéndolo por Tao, no la razón en abstracto, sino la naturaleza, o más bien el orden del universo, método impersonal que todo hombre debe observar si aspira a la dicha y bienandanza. Confucio es un hombre práctico, Lao-Tseu, un contemplativo con vías a la abnegación y el quietismo. Al paso que éste había di-

cho : «Recompensa la injuria con la bondad», Confucio modifica : «Paga la bondad con la bondad, y la injuria con la justicia».

TCHU-HI

Diez y siete siglos corrieron sobre la tumba de Confucio sin que la filosofía china produjera cultivadores de mérito, ya que como tal no puede ser considerado Yang-Tseu que pertenece a la centuria siguiente. Predicó Yang-Tseu una especie de epicurismo, según el cual, el hombre debe gozar de la vida presente y aceptar gustosamente la muerte cuando venga, la virtud es sólo un nombre, la buena reputación una sombra y el sacrificio una locura.

No fue sino en el siglo XII de nuestra era cuando apareció una nueva escuela de carácter ecléctico y sincretista, cuyo fundador fue Tcheu-Tseu, pero cuyo principal representante es Tchu-Hi.

Este se propuso completar la moral de Confucio con la metafísica de Lao-tseu y produjo una amalgama de doctrinas conocida con el nombre de *neo-confucionismo*, que constituye la trama de la religión oficial y nacional del pueblo chino. Hé aquí una síntesis de esta doctrina.

a) El Sér Supremo, *Tai-ki* de los confucionistas, es *Tao*, la *razón primordial* de Lao-tseu, y no es otra cosa que el *Gran Todo*, el cielo y la tierra, el espíritu y la materia, pues «aunque cada uno de estos seres, dice Tchu-hi, tiene su naturaleza propia, reunidos todos son el *Tai-ki*».

b) Este se manifiesta en el tiempo y el espacio bajo dos formas: *yang*, el espíritu, y *ying*, la materia; *yang*, varón celestial; *ying*, hembra terrestre. Háblase aquí del *espíritu*, pero éste no pasa de ser una materia más sutil que la de los cuerpos visibles.

c) De la unión de estos dos principios, *yang* y *ying*, provienen los elementos, que son cinco: la madera, la tierra, el metal, el agua y el fuego, los cuales lo constitu-

yen todo en el universo, inclusive el hombre con todas sus potencias. De ellos nacen las virtudes de las cosas y del hombre, así: de la madera procede el amor; de la tierra, la fidelidad; del metal, la justicia; del agua, la prudencia, y del fuego, la civilización. Los elementos están representados por cinco genios (*Shank-tis*), que dirigen la marcha general de las causas naturales. Hay otros genios inferiores o espíritus aeriformes (*Chin*), que presiden los fenómenos de la naturaleza, como los vientos, truenos y lluvias.

d) En el hombre se distinguen tres cosas: la *inteligencia*, derivación de *Tao*, y debe reentrar en él; un *principio sutil* (*hoen*), que después de la muerte se convierte en (*chin*) o espíritu aeriforme, y la *parte grosera* (*phe*), que vuelve a la tierra, y se convierte en *kuei*, genio de último grado.

Tal es en suma el neo-confucionismo, mas conviene advertir que los literatos chinos profesan opiniones negativas acerca de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma.

Por otra parte, las costumbres chinas están afeadas por la poligamia y por el repudio; la condición de la mujer es la de la servidumbre, primero, bajo el dominio del padre; después, bajo el del marido, y por último, bajo el del hijo. El suicidio reina como institución social.

La filosofía china, tan ensalzada por los deístas del siglo XVIII, por Rousseau en particular, es a los ojos de Hegel de bien escaso valor. Confucio mismo, «el filósofo y el sabio por excelencia», «el preceptor más grande que vieron los siglos», «el colmo de la santidad y la cima del género humano», en expresión de sus compatriotas, no pasa de ser un moralista mediano y como pensador y filósofo es inferior a Lao-Tseu.

FRANCISCO M. RENJIFO